

ANDRE MALRAUX (1901 - 1976)

IN MEMORIAM

La voz del silencio.

El héroe es la encarnación de la historia. La cifra del destino humano. El hombre de cultura en tanto, trasciende su tiempo. Su obra pasa a integrar otras realidades combinándose con nuevos elementos. Como una baraja que se despliega en infinitud de variaciones. A veces una carta desaparece durante un tiempo para reaparecer más tarde, modificando todo el juego.

El siglo veinte ha sido el del mayor balance de la historia. Entraron en consideración desde la prehistoria hasta la fantasía sobre los tiempos futuros. Ya se han lanzado al espacio los mensajes cuyas respuestas se aguardan para dentro de cuarenta mil años. Pueblos primitivos comienzan a ingresar a la vida moderna.

En este universo André Malraux tuvo la virtud de encarnar dos registros aparentemente opuestos: la acción y la reflexión, y en ambos roles revelarnos la magnitud de las transformaciones acaecidas en nuestra época.

Como hombre de acción quizás en el futuro su papel se juzgue insignificante. Pero desde que los hechos que protagonizó están presentes en su literatura su figura adquiere una dimensión mucho más eficaz: la de las ficciones que poblarán una y otra vez la imaginación de las generaciones. Cuando otras armas más atroces replacen a los gases, la fraternidad humana seguirá elevándose por encima de la desesperación para mostrar que a pesar de todo, la dignidad es la condición del hombre.

Aparte del novelista, es quizás en sus reflexiones sobre el arte donde encontramos las nociones más fecundas. Malraux nos ha dado una cierta visión de la cultura de nuestro tiempo de extraordinaria penetración. Ha expresado magistralmente las paradojas de la civilización contemporánea con la irrupción de los nuevos pueblos africanos y asiáticos que se han incorporado al mundo moderno sin abandonar sus hábitos milenarios y cómo en el arte se anticipaba este inmenso balance cultural. Por primera vez se despliega ante nuestros ojos el arte de todos los tiempos. Malraux ha captado como nadie la revolución que significaba la fotografía, y sobre todo la fotografía en colores. La transformación operada por ella en la información cultural del público e inclusive en el nivel de los artistas y eruditos. Al mismo tiempo que se abría una comprensión más profunda del arte como arte de un pueblo,

con el ingreso de las artes africanas y americanas quedaba completo el gran festín de la humanidad al que todo el mundo tiene acceso por medio de la reproducción. El arte alcanzó la universalidad en tanto producto privilegiado del espíritu humano.

Puestas todas las artes de todos los tiempos a la par desaparecen las contingencias. El museo imaginario está ahí, para todos. El ídolo cicládico reaparece en Brancusi. El toro cretense deviene picasiano, encarnado en un manubrio de bicicleta.

Un hálito profundo hermana las diversas búsquedas y tendencias: el gran impulso del ser que quiere dejar su marca sobre el planeta. El inmenso deseo del hombre de salir de sí mismo, de buscar el vehículo material para plasmar su interioridad. La búsqueda de una voz para el silencio. La voz interior del hombre se hace audible a los otros a través del arte, dice Malraux. El afán de ser, por encima del tiempo que fluye, en este universo en el que somos huéspedes de paso, en el que tenemos tiempo apenas para ensayar unas pocas muecas, como ha dicho Shakespeare. Un universo que de golpe nos ha revelado que puede seguir existiendo sin el hombre.

En sus últimos escritos más se afirma Malraux en este sentimiento acerca de nuestro paso fugaz por el mundo y tenazmente indaga sobre esa ansia fraterna que como una inmensa parábola une a los hombres de todos los tiempos: la continuidad de propósitos, la permanencia de ciertos valores y sobre todo las preguntas ansiosas, la búsqueda angustiada de La Respuesta. ... Y aquí el arte vuelve insistentemente a su pensamiento. En verdad no está nunca ausente. El arte que es a menudo el motor de las grandes acciones. (Los sueños de Alejandro alimentados por esos libros homéricos que guardaba como su mayor tesoro en cofres de oro. Alejandro danzando desnudo en torno al túmulo de Aquiles. Los mitos que forjan héroes...).

El arte es un antidesestino, ha dicho Malraux. Cada puerta nueva que se abre deja pasar un soplo que viene de los confines de la historia. El hombre sigue su búsqueda milenaria acompañado de esos testigos, de esas "pruebas" —las únicas palpables—, de la existencia del espíritu humano. Así, ese cráneo azteca, esa cabeza de obsidiana que ha visto, inmutable, desfilan las nubes incesantes sobre el altar de los sacrificios. "La presencia, en la vida, de lo que debería pertenecer a la muerte...". Es ese poder el que un día en el Museo del Trocadero ha fascinado a Picasso. "... las máscaras, no eran esculturas como las otras... Eran cosas mágicas". Ese día, dice Picasso, ha surgido "*Les Femmes d'Alger*". No por las formas, sino por esta comprobación: "Mi primera tela de exorcismo, sí".

La hoguera del genio.

Con estas referencias no abarcamos, ni remotamente, todos los aspectos de la personalidad de André Malraux. Sin él, qué imagen tendríamos del África, de esos países nuevos que en las fiestas de independencia bailan el plan de desarrollo. En su actividad política André Malraux estuvo, como es

sabido, constantemente al lado de Charles de Gaulle. En el primer gobierno, como Ministro de Información y desde 1958, durante diez años, como Ministro de Cultura. Pocas veces se ha visto una asociación tan singularmente feliz: el político genial y el literato brillante. También podemos invertir los calificativos. El éxito de tal conjunción se explica quizás porque ambos habían forjado sus personalidades en una acción que ponía a prueba sus ideas. Cuando uno se pregunta cuál ha sido la condición que ambos admiraban más, parece surgir el punto básico de confluencia de dos personalidades tan disímiles. Tal vez el honor, que lleva implícito el coraje, condición de la grandeza. Y Francia.

Durante su gestión Malraux fue objeto de críticas enconadas. Tenemos un ejemplo en el caso de la limpieza efectuada a los edificios ennegrecidos. De una serie de reflexiones que el arquitecto Le Corbusier publicara con el título de "*Cuando las catedrales eran blancas...*", Malraux extrajo una consecuencia que comportaba una empresa fascinante pero arriesgada: devolver a los edificios históricos de Francia su color original. La operación de limpieza de monumentos y edificios públicos evidenció hasta qué punto era acuciante el problema de la polución atmosférica. Y bien, aún esta acción que devolvió al mundo la blancura de Notre-Dame, el fulgor de los vitrales de la Sainte-Chapelle de París, tenía sus detractores entre aquellos que llamaban "pátina" al hollín que carcomía la piedra. Malraux: el ministro de las honras fúnebres nacionales a Le Corbusier, el que declaró Monumento Nacional a la Villa Savoie. El del viaje histórico de la Gioconda a los Estados Unidos: la más moderna tecnología puesta al servicio de la seguridad de una sonrisa.

Malraux recuerda que en el Mediodía de Francia el odio hacia Napoleón después de la derrota hizo que se buscara un águila para quemarla viva en la hoguera donde ardía todo lo que llevaba la efigie del emperador. Esto arranca la siguiente reflexión de de Gaulle: "Cuántos hombres son dignos de que se queme un águila como símbolo del odio que inspiran?".

La parte del segundo tomo de las "*Antimemorias*" que relata esta conversación con de Gaulle se titula precisamente *Les chenes qu'on abat...*" (traducido al castellano como "*La hoguera de encinas*") y se inicia con la cita de estos versos de Víctor Hugo:

*Oh! Quel farouche bruit font dans le crépuscule
Les chenes qu'on abat pour le bucher d'Hercule!*

Ellos me parecen el epitafio perfecto para André Malraux.

ROSA T. GUAYCOCHEA DE ONOFRI